



LA
GUARDIANA
DE LOS
FINALES
FELICES

BARBARA DAVIS

LIRA

Vuelve a emocionarte

LIRA

La guardiana de los finales felices

Barbara Davis

Traducción de Luz Achával

LIRA

Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

Agradecimientos
Nota de la autora

Sobre la autora

Página de créditos

La guardiana de los finales felices

V.1: Noviembre, 2022

Título original: *The Keeper of Happy Endings*

© Barbara Davis, 2021

© de la traducción, Luz Achával, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Esta edición se ha hecho posible gracias a un acuerdo con Amazon Publishing,

www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Literary Agency.

Diseño de cubierta: Faceout Studio

Publicado por Lira Ediciones

C/ Aragó, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

info@liraediciones.com

www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-07-7

THEMA: FBA

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La guardiana de los finales felices

En el periodo más oscuro de la historia, ¿todavía hay esperanza para los finales felices?

Durante generaciones, la familia de Soline Roussel ha regentado un exclusivo salón de novias en París. De hecho, se dice que la novia que se casa con un vestido Roussel tiene garantizada la felicidad para siempre. Pero la invasión nazi en la Segunda Guerra Mundial lo cambia todo. Soline se convierte en voluntaria en un hospital y allí conoce al hombre de su vida. Sin embargo, su fe en el amor se quiebra cuando debe emigrar sola a Estados Unidos y dejarlo todo atrás.

Cuatro décadas más tarde, en 1985, Rory Grant es una joven de Boston que quiere abrir una galería para artistas emergentes. Para ello, alquila una antigua propiedad de Soline y allí, bajo el hueco de una escalera, descubre una caja que contiene un vestido de novia por estrenar junto con unas misteriosas cartas. Cuando Rory contacta con Soline para devolverle la caja, entre ellas surge una improbable amistad, y es que ambas saben lo que es amar y haber perdido al hombre de su vida. ¿Y si Rory y Soline estaban destinadas a encontrarse? ¿Puede haber un final

feliz cuando parece imposible? Al fin y al cabo, tal vez, la magia existe.

«Con un trasfondo histórico y un toque sobrenatural, esta novela hará las delicias de los seguidores de Lucinda Riley.»

Booklist

«Barbara Davis ha escrito una historia de amor y pérdida tejida con maestría en torno a las vidas de dos mujeres que no tienen, en apariencia, nada en común. Esta novela confirma que nuestros propios finales felices pueden estar a la vuelta de la esquina, listos para aparecer en cualquier momento. *La guardiana de los finales felices* es la combinación perfecta de romance y misterio con una pizca de magia. En definitiva, una novela reconfortante y satisfactoria que nadie debería perderse.»

Kerry Anne King, autora *best seller*

«Como un vestido de novia confeccionado con cariño, *La guardiana de los finales felices* está entretejida de secretos, romance y misterio. Esta novela conquistará a los lectores y los convencerá de que la magia de las segundas oportunidades existe.»

Christine Nolfi, autora *best seller*

«Esta intrigante novela está mágicamente entretejida con melancolía, sorpresas y alegrías.»

Historical Novel Society

«Esta historia desgarradora y a la vez hermosa emocionará a cualquiera que haya amado de verdad, perdido

cruelmente y luego, de algún modo, encontrado el coraje necesario para seguir adelante.»

Harlequin Junkie

Este libro está dedicado a los millones de trabajadores de la salud de todo el mundo que han arriesgado su seguridad personal para cuidar de nuestros seres queridos en 2020 y en adelante: todos y cada uno de vosotros sois héroes.

*Hay héroes de todo tipo, a casi ninguno le colgarán algo
brillante en el pecho.*

Soline Roussel, la guardiana de los finales felices

*Somos las elegidas, siervas de La Mère Divine,
descendientes de un antiguo linaje, llamadas a promover la
causa del amor y la verdadera felicidad. Somos las
tisseuses de sorts... las tejedoras de hechizos.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

Nota de la autora

Aunque este relato presenta hechos históricos, es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, acontecimientos, fechas e incidentes son producto de mi imaginación o se utilizan de forma ficticia.

Prólogo

Soline

La fe es un ingrediente esencial. Si perdemos la fe en la magia, lo perdemos todo.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

13 de septiembre de 1976, Boston

Los finales siempre me han hecho llorar. Las últimas notas de una canción que se desvanecen en el silencio; la caída del telón al final de una obra de teatro; el último copo de nieve; las despedidas.

Tantas despedidas.

Todas parecen ya tan lejanas y, sin embargo, tomadas en conjunto, son de una crueldad desazonadora. Creo que he bebido demasiado vino esta noche. Me ha puesto de mal humor. O, quizá, simplemente he tenido demasiada vida, demasiada tristeza, demasiadas cicatrices. Aun así, esas cicatrices me seducen; un mapa de heridas que no me lleva ni hacia delante ni hacia atrás.

He vuelto a bajar la caja del armario y la he dejado sobre la cama. No es pesada en un sentido físico, pero los recuerdos que alberga tienen otro tipo de peso, uno que se siente en el corazón.

Está hecha de un material robusto, un cartón gris y grueso con las esquinas reforzadas con metal y un pesado cordón enhebrado a modo de asa. Contengo la respiración mientras levanto la tapa y doblo las capas de papel de seda arrugado para contemplar el vestido que hay dentro. Ha envejecido con los años, como yo. El paquete de cartas también está ahí, la mayoría en francés, algunas en inglés, atado con una cinta. Las leeré más tarde, como suelo hacer en noches como esta, cuando los lugares vacíos de mi vida se extienden como sombras a mi alrededor. Este ritual mío tiene un orden, una secuencia que nunca altero. Cuando es tanto lo que se ha desarraigado, lo que se ha perdido, hay que buscar consuelo en los rituales. Incluso en los más tristes.

Levanto el vestido y lo sostengo en mis brazos, como se sostiene a un bebé o una promesa: cerca, quizá con demasiada fuerza. Me aproximo al espejo y, por un instante, ella me devuelve la mirada, la chica que era antes de que Hitler llegara a París, llena de esperanza y sueños ingenuos. Pero, un instante después, desaparece. En su lugar está la mujer en la que me he convertido. Desgastada y sola. Sin sueños. Mi mirada se desliza de nuevo hacia la caja, hacia el estuche de cuero marrón que yace en el fondo, y siento que se me encoge el corazón al recordar la primera vez que lo vi. «Guárdalo», dijo cuando me lo puso en las manos aquella última mañana.

Abro el estuche por enésima vez y paso los dedos por el peine de carey y el calzador a juego, la brocha de afeitar y la navaja. Cosas tan personales... Y él me las dio. Saco el frasco de cristal tallado de su banda elástica marrón, vacío desde hace tiempo, y desenrosco el tapón en un intento de

percibir el aroma brillante y limpio que he grabado en mi memoria. Una mezcla de agua de mar y cáscara de lima fresca.

«Anson».

Solo que hoy, por primera vez, no hay rastro de él. Durante treinta años he estado acercando esta botella vacía a mi nariz y consolándome con lo único que me quedaba de él: su olor. Y, ahora, incluso eso ha desaparecido.

Espero las lágrimas, pero no llegan. Supongo que pertenecen al pasado; estoy vacía, y quizá sea mejor así. Devuelvo el frasco y cierro el estuche. Mis ojos se desvían hacia el paquete de cartas, el último paso de mi quejumbroso ritual. No las leeré esta noche. Creo que nunca más.

Es hora de dejarlo ir. Es hora de dejarlo ir todo.

Devuelvo el estuche de afeitado a la caja, luego doblo el vestido y lo meto dentro, colocando con ternura las mangas sobre el cuerpo, como he visto que disponen a los difuntos en los funerales. Es lo que toca, supongo. Acaricio la tela una última ocasión, luego lo cubro todo con el papel de seda y bajo la tapa.

«Adieu, Anson, mon amour. C'est la fin».

Uno

Rory

26 de mayo de 1985, Boston

Era imposible que ya fuera domingo.

Rory pulsó el botón de posponer la alarma y se dejó caer sobre la almohada, deseando que el día desapareciera; cinco minutos más tarde, la alarma volvía a sonar. Solo podía significar una cosa: de alguna forma, se había consumido otra semana, difuminada en una confusión de películas viejas y comida para llevar, en noches interminables consagradas a los finales felices de otros.

Un librito barato cayó al suelo cuando apartó las mantas y volvió a la realidad. *Una rosa en invierno*, de Kathleen Woodiwiss, que había terminado de leer anoche sobre las cuatro de la madrugada. Nunca le habían gustado las novelas románticas, pero ahora las devoraba tan rápido como podía. Un placer culpable que la avergonzaba ligeramente, como el juego o la adicción al porno.

Cogió la novela y la arrojó a una cesta de mimbre llena de una docena de libros similares a la espera de que los llevaran a una tienda de caridad. Había otra caja junto a la puerta de entrada y una tercera en el maletero del coche. «Comida basura para el cerebro», los llamaba su madre.

Pero los ojos ya se le iban hacia la pila de títulos nuevos en la mesilla. Esa noche le esperaba el último de Johana Lindsey.

Rebuscó entre el revoltijo de cartas sin abrir que había junto a la cama, incluido el catálogo de clases del máster que había tratado de evitar por todos los medios, y por fin localizó el Rolex de oro y acero que su madre le había regalado cuando había terminado la carrera. Como era de esperar, había dejado de funcionar, y la fecha en la pequeña burbuja de aumento tenía un retraso de tres días. Volvió a ajustar la hora y se lo puso en la muñeca, y luego se marcó como objetivo una taza de café fuerte. Imposible afrontar el día de hoy sin cafeína.

En la cocina, observó lo que la rodeaba con una creciente sensación de agobio: el fregadero lleno de platos, el cubo de la basura rebosante, los restos de la comida que había pedido al Eastern Paradise aún en la encimera. Había pensado recoger después de la cena, pero entonces empezó *Niebla en el pasado* y no había podido dejarlo hasta que Greer Garson y Ronald Colman se reunieron al fin. Para cuando dejó de gimotear, se había olvidado de la cocina. Y ahora no había tiempo si quería llegar a la otra punta de la ciudad a las once.

Mientras se echaba un poco de leche en la taza, acarició la idea de llamar y cancelar la cita —un dolor de garganta, una migraña, una intoxicación alimentaria—, pero ya se había escaqueado dos veces ese mes, así que tenía que ir.

En la ducha, se preparó para el interrogatorio que sabía que le esperaba: preguntas sobre sus estudios, sus aficiones, sus planes de futuro. Las preguntas siempre eran las mismas, y cada vez le resultaba más difícil fingir que le importaban lo más mínimo. La verdad era que no tenía aficiones de las que hablar, le horrorizaba la idea de volver a clase y sus planes de futuro estaban muy en duda. Pero pondría buena cara y daría las respuestas correctas,

porque eso era lo que se esperaba de ella. Y porque la alternativa, un análisis profundo del agujero negro en que se había convertido su vida, era sencillamente demasiado agotadora como para planteársela.

Fue hacia el dormitorio mientras se secaba el pelo y hacía todo lo posible por resistir la atracción de su mesita de noche, algo que conocía muy bien. Era un ritual que había comenzado hacía poco, el de empezar el día con una o dos cartas de Hux, pero esta mañana no tenía tiempo. Sin embargo, acabó por abrir el cajón inferior y sacar la caja que guardaba allí. Cuarenta y tres sobres con la dirección escrita en su letra fina y desgarrada, un salvavidas que la ataba a él e impedía que tocara fondo.

La primera le había llegado al buzón solo cinco horas después de que su vuelo despegara de Logan. La había enviado por la noche para asegurarse de que llegaba el día correcto. Había escrito otra sentado en la puerta y otra más mientras estaba en el avión. Al principio habían llegado casi cada día, antes de pasar a una o dos por semana. Y luego, simplemente, habían dejado de llegar.

Miró la foto junto a la cama, tomada en un restaurante del cabo un fin de semana, después de que le hubiera propuesto matrimonio. El doctor Matthew Edward Huxley, Hux para los conocidos. Echaba de menos su cara, su risa, sus bromas estúpidas y su forma de cantar desafinando, su pasión por los juegos de preguntas y sus huevos revueltos perfectos.

Se habían conocido en un evento benéfico para la nueva ala de cuidados intensivos neonatales de Tufts. La sonrisa de Hux le había hecho temblar las rodillas, pero lo que la había ganado del todo era la persona bajo esa sonrisa.

Hijo de dos profesores de educación especial, había aprendido pronto el valor de ayudar a los demás. Pero durante su primer año en la Universidad de Carolina del Norte, un camión maderero se saltó la mediana de la I-40 y

chocó de frente con el coche de sus padres. Dejó los estudios después del funeral, amargado y sin rumbo, y pasó un verano en los Outer Banks, jugando a ser vagabundo en la playa con un grupo de surfistas y adormeciendo el dolor con ron.

Con el tiempo, se sobrepuso, volvió a la universidad y entró en la facultad de Medicina. Su plan era especializarse en medicina interna, pero tras una semana de rondas pediátricas, el plan cambió. Al terminar la residencia, se enroló en Médicos Sin Fronteras para ofrecer atención médica a los niños de Sudán del Sur, una forma de honrar la memoria de sus padres.

Era una de las cosas que más amaba de él. Su historia era de todo menos perfecta; Matthew Huxley no nació en una cuna de oro ni pasó su infancia en el club de campo. Había pasado por algunas cosas que habían hecho tambalearse los cimientos de su vida, pero había vuelto a levantarse y encontrado la manera de aportar a la sociedad. Fue duro decirle adiós cuando llegó el momento, pero estaba orgullosa del trabajo que se había comprometido a hacer, aunque le resultara difícil leer sus cartas.

En una le confesaba que había empezado a fumar. «Aquí todo el mundo fuma como un carretero, tal vez para evitar que les tiemblen las manos. Estamos todos muy cansados». En otra había escrito sobre una periodista llamada Teresa, que estaba haciendo un reportaje para la BBC, y sobre cómo lo mantenía conectado con el mundo exterior. También escribía del trabajo, de los días interminables en quirófanos improvisados; de los niños mutilados, huérfanos, aterrorizados. Era peor de lo que nunca se habría imaginado, pero lo convertía en un mejor médico; más duro, pero más compasivo.

El ritmo era extenuante; el trauma emocional, mayor de lo que podía expresar en papel. «En Estados Unidos

estamos muy mimados. No podemos comprender el alcance de la anarquía y la barbarie, la miseria desgarradora que existe en otros lugares, la falta de la más mínima humanidad. Lo que hacemos, yo, todos nosotros, es una gota en el océano cuando ves lo que está sucediendo aquí».

Esa fue la última que recibió.

Pasó una semana, dos, tres sin que sus cartas tuvieran respuesta. Y entonces, un día, cuando escuchaba la radio, supo la razón: Estados Unidos confirmaba que una banda de rebeldes armados había secuestrado a tres trabajadores en un asalto a primera hora en Sudán del Sur, incluido un médico estadounidense, una enfermera de Nueva Zelanda y una periodista británica en misión para la BBC y la revista *World*.

Le había llevado varios días confirmar lo que ya sabía, que Hux era el estadounidense capturado, pero no había pistas. Nada sobre el camión que los testigos habían visto alejarse. Ninguna descripción de los hombres que los habían obligado a salir de la clínica a punta de pistola, y ni una palabra de nadie que se adjudicase la autoría, cosa que, por lo general, pasaba en las primeras cuarenta y ocho horas. Sencillamente, se habían esfumado.

Cinco meses más tarde, seguía a la espera. Según el Departamento de Estado, empleaban todos los recursos y seguían todas las pistas, aunque no había muchas. Ocho semanas antes, se había llevado a cabo una redada nocturna en una cabaña abandonada en Libia después de que alguien informase de que había visto a una mujer que se ajustaba a la descripción de la periodista desaparecida, pero, para cuando entraron, la cabaña ya estaba vacía.

La versión oficial del Departamento de Estado era que «seguían trabajando con varias organizaciones humanitarias para localizar a todo el personal y asegurar que volvieran sanos y salvos», pero la verdad era que no

había información nueva, por lo que las posibilidades de que todo acabara bien eran cada vez más remotas.

Rory miró fijamente la caja con el deseo de coger una o dos cartas y volver a meterse en la cama, pero tenía un lugar al que ir. En realidad, dos lugares, si contaba su promesa de encontrarse con Lisette aquella tarde en el Besos de Azúcar.

Veinte minutos después, cogió el bolso y las llaves y se miró en el espejo una última vez. Pantalones blancos y una camisa de seda sin mangas, color melocotón claro. El pelo húmedo recogido en una coleta. Una sola capa de rímel, otra de brillo de labios y unos sencillos pendientes de diamantes. Sabía que no estaba a la altura, pero cuando se trataba de su madre, nada lo estaba.

Dos

Rory

El aroma a *scones* de arándanos y café recién molido recibió a Rory cuando entró. Escuchó el zumbido del exprimidor de su madre, que llegaba de la cocina, mientras se quitaba los zapatos planos y los acomodaba junto a la puerta, apuntando hacia fuera, en caso de que tuviese que hacer una huida apresurada. Dios sabía que no sería la primera vez.

Como de costumbre, la casa estaba immaculada, un estudio decorado con dinero y buen gusto, con sus alfombras *beige* acolchadas y sus muebles cuidadosamente combinados. Por supuesto, en las paredes estaban los cuadros de rigor: cuencos de fruta y jarras de amapolas desmayadas dentro de pesados marcos de oro. Ni un solo objeto torcido ni una mota de polvo a la vista.

Incluso cuando era niña había tenido ese aspecto, gracias a las rigurosas reglas de limpieza que imponía su madre. Prohibidos los zapatos más allá del recibidor; apoyar las manos en las paredes; la comida y bebida fuera del comedor, a menos que hubiera una fiesta. Y había montones de fiestas. Meriendas, cócteles, cenas y, por supuesto, los eventos de recaudación de fondos para las organizaciones benéficas de su madre, cada uno de ellos

con un *catering* perfecto y que luego recogía minuciosamente un equipo de profesionales cuyo número estaba guardado en marcación rápida.

Encontró a su madre en la cocina, llenando con zumo de naranja recién exprimido una jarra de cristal tallado. Su pulsera de oro con dijes resplandecía mientras trabajaba. Tenía un aspecto pulcro y cuidado con sus pantalones caqui, su blusa blanca almidonada y sus pesados bucles color oro recogidos en una coleta baja al estilo de la revista *Town & Country*. Como de costumbre, su maquillaje era impecable: ojos sutiles, un toque de colorete en las mejillas y una pizca de brillo escarchado color melocotón en los labios. A sus cuarenta y dos años, todavía era capaz de robar miradas.

Levantó la vista cuando Rory entró.

—Al fin llegas —dijo mientras hacía un veloz pero completo inventario del aspecto de su hija—. Empezaba a pensar que no vendrías, para variar. ¿Tienes el pelo mojado?

—No he tenido tiempo de secármelo. ¿En qué te ayudo?

—Ya está todo hecho, y espero que no se haya enfriado.

—Le pasó a Rory un plato con melón perfectamente cortado y un cuenco rebosante de fresas—. Lleva esto a la mesa, yo traeré el resto.

Rory cogió la fruta y salió a la terraza. Era una mañana perfecta, con el cielo tan azul que producía vértigo y una brisa cargada con la promesa de un verano temprano. A sus pies, Boston se extendía hacia todas las direcciones en un revoltijo de calles tortuosas y tejados desordenados. Storrow Drive, con su fila de coches interminable; el Esplanade, amplio, frondoso y verde; el tramo brillante del río Charles, salpicado de pequeños veleros relucientes.

Adoraba la ciudad con todas sus contradicciones, su rica historia colonial y su vibrante crisol de culturas. Arte, comida, música y ciencia codeándose y compitiendo por

llamar la atención. Pero verla así, lejos del trajín y el ruido, tenía algo que de niña siempre le había resultado un poco mágico, como si de pronto fueran a crecerle alas con las que marcharse volando.

Cuando era pequeña solía soñar con ello, con ser otra persona y vivir otra vida. Una que fuera suya. Una carrera que no tuviera nada que ver con su madre, un marido que no se pareciera en nada a su padre. Y casi lo había conseguido.

Casi.

El mundo era como una piedra sobre su pecho, su peso la acompañaba siempre haciendo que tareas sencillas como ir al mercado o encontrarse con una amiga resultaran casi abrumadoras. Esa necesidad de aislarse del exterior no era normal, pero tampoco era nueva. Siempre había tendido hacia el extremo introvertido del espectro y había hecho todo lo posible para evitar las cenas y otros eventos sociales, por no mencionar toda la atención que traía aparejada ser la hija de uno de los miembros más prominentes de las élites sociales y filantrópicas de Boston.

Nunca un cabello despeinado, nunca un paso en falso: así era Camilla Lowell Grant. La ropa correcta, la casa correcta, el arte correcto. Todo correcto, si no se contaban al marido impenitentemente infiel y la hija intratable. Aun así, Camilla soportaba sus cargas con una entereza admirable. Casi siempre.

Rory contempló la mesa mientras dejaba los platos con la fruta. Parecía algo sacado de la revista *Victoria*: un mantel de un blanco impecable con la vajilla Royal Albert de su abuela, servilletas de lino pulcramente dobladas junto a cada cubierto y, en el centro, un cuenco de gardenias de un blanco ceroso, la flor predilecta de su madre. Perfecto, como siempre.

La tradición del *brunch* había comenzado en su decimosegundo cumpleaños y rápidamente se había

convertido en un evento semanal. El menú era distinto cada vez: fruta fresca y algo de repostería casera, tostas triangulares con salmón ahumado y cremoso queso Boursin, tortillas impecables con lo que estuviera de temporada, y la única constante: mimosas hechas con zumo de naranja recién exprimido y Veuve Clicquot en el punto perfecto de frío.

Se suponía que era una ocasión para ponerse al día, pero, últimamente, sus reuniones eran cada vez más tensas, a medida que su madre encontraba formas nuevas y poco sutiles de sugerir que tal vez era momento de seguir adelante con su vida.

Rory se toqueteó el anillo de rubíes que llevaba en la mano izquierda, un óvalo pequeño con una muesca diminuta en la base. Era el anillo con el que el padre de Hux había pedido matrimonio a su madre; todo lo que había podido permitirse un soldado que regresaba de la guerra de Corea. Hux le había prometido ir a comprar un anillo decente, pero había querido utilizar el anillo de su madre para pedirle que se casara con él. Conmovida por su sentimentalismo, Rory había optado por quedarse con el original, entusiasmada de que le confiase algo tan valioso. Ahora, el anillo de su madre era todo cuanto tenía.

Apartó estos pensamientos cuando Camilla apareció con dos platos.

—*Frittata* de setas y espárragos —anunció mientras los dejaba en la mesa con una floritura.

—Tiene una pinta deliciosa —dijo Rory, que se sentó en su silla de siempre. Su madre nunca había sido muy de estar en casa, pero, sin duda, sabía cocinar.

Camilla cogió varios catálogos que llevaba bajo el brazo y se los tendió a Rory antes de sentarse frente a ella.

—Llegaron la semana pasada, pero no viniste al *brunch*. Estuve tentada de decirle a la carterera que no conocía a

ninguna Rory y preguntarle si tenía algo para mi hija, Aurora.

Rory esbozó una sonrisa forzada.

—Necesitas material nuevo, madre. Esa broma ya está muy gastada.

—Rory es nombre de chico. Tú te llamas Aurora, y es un nombre precioso. Un nombre de señorita.

—Un nombre de señora —objetó Rory—. Y fue papá quien empezó a llamarme Rory. Está claro que a él nunca le molestó.

Camilla respondió con un resoplido.

—Para que le molestase tendría que haber estado en casa.

Rory cogió el tenedor y comenzó a pinchar su *frittata* sin energía. Era cierto. Los intereses de su padre siempre habían estado en otra parte. No sabía cuántas aventuras había habido, aunque sospechaba que su madre podría darle un cómputo exacto. Tenía bien controladas a las mujeres que habían entrado y salido de la vida de Geoffrey Grant a lo largo de los años, y añadía cada nombre a la colección con minuciosidad, como monedas a una hucha.

Rory no podía comprender por qué su madre nunca se había divorciado, aunque sospechaba que el fin de semana en Doral con su secretaria de veintiocho años habría sido el golpe de gracia si él no hubiera acabado muriéndose en la cama con ella antes. Era el tipo de escándalo del que la mayoría de esposas de la alta sociedad nunca acababan de recuperarse, un cliché del tipo más delicioso y desastroso, pero para Camilla se había convertido en la joya de la corona de su colección de traiciones, una medalla de honor que había comprado con su orgullo.

—¿No comes?

Rory cogió una fresa y comenzó a mordisquearla obedientemente. Camilla había sacado la botella de Veuve

del hielo y se estaba peleando con el corcho. Después de unos minutos, Rory alargó la mano y le cogió la botella.

—Déjame a mí, antes de que le saques un ojo a alguien.

El corcho se liberó con un *pop* hueco. Rory sirvió el champán en las copas y añadió un chorrito de zumo de naranja.

Chocaron las copas sin decir nada, por costumbre, y centraron su atención en la comida. Camilla llevó la voz cantante en la conversación, sin que Rory tuviese que participar demasiado. Chismes sobre cirugía plástica y rumores de divorcios, el próximo viaje de una amiga a Irlanda, el programa de la Boston Opera House de la próxima temporada, el tema para la gala benéfica de Navidad que estaba organizando de nuevo este año. Al fin, la charla insustancial se acabó y la conversación pasó a un terreno familiar, aunque incómodo.

—Me encontré con Dinah Marshall el otro día, cuando llevé a arreglar el reloj. Denise, su hija pequeña, irá a la Boston College en otoño. Va a estudiar música; arpa, creo. Le dije que volvías a Tufts, en agosto, a terminar el máster. Y luego, tal vez, a París el verano que viene para las prácticas de las que hablamos. Me dijo que te felicitara de su parte.

—Denise toca el piano —respondió Rory con monotonía—. La que toca el arpa es Patricia.

—Sí, por supuesto, el piano. —Camilla cogió su servilleta y se limpió la boca delicadamente a toquecitos—. ¿Y qué hay de ti? ¿Tienes ganas de volver?

Rory cogió la botella de champán y se rellenó la copa, prescindiendo esta vez del zumo de naranja. Bebió unos sorbos con lentitud y luego levantó la vista para mirar a su madre.

—No tengo ganas de nada.

Camilla suspiró mientras se servía un *scone*.

—¿Ya estás haciendo pucheros, Aurora?

—Tengo veintitrés años, madre. No hago pucheros.

—¿De verdad? ¿Y cómo llamas a lo de ahora?

Rory dejó la mimosa y se sentó muy erguida.

—Hace tres semanas que no nos vemos. ¿Ni siquiera pensabas preguntarme por Hux?

Camilla la miró parpadeando.

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo? Hemos terminado el desayuno. Hemos hablado del *lifting* de Vicky Foster, de lo mala que es la comida en Reino Unido, de tus planes para la gala navideña y de que la hija de Dinah Marshall vuelve a la universidad. Pero no has encontrado el momento de mencionar el nombre de mi prometido.

—Por favor, no esperarías que soltase algo así en el desayuno.

—¿Qué tiene que ver el desayuno?

Las comisuras de los labios de Camilla se curvaron hacia abajo en un mohín casi perfecto.

—Estaba teniendo tacto.

—¿Tacto? —La palabra puso a Rory de los nervios, como si los buenos modales en la mesa fueran una excusa para pasar de todo—. No necesito que tengas tacto, madre, necesito que te importe. Pero no te importa; nunca te ha importado.

Camilla abrió mucho los ojos.

—Vaya cosas me dices.

—Nunca te gustó Hux. Desde el primer día te comportaste como si fuera una especie de fase que se me fuera a pasar, igual que cuando esperabas que me dejase de gustar el fútbol.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo es. No te gustaba su aspecto, ni que hiciera surf, ni el hecho de que se fuera de voluntario. Pero el verdadero problema es que no te gusta que sea de una